

servicios, y que veremos todavía en los primeros días del período positivo.

\* \* \*

La formación de Sociedades, hé aquí una última faz bajo la cual podemos y debemos estudiar el ejercicio de la medicina en este período.

Aunque todavía entonces no estaba muy desarrollado el espíritu de asociación en nuestra patria, y se ponían numerosas trabas á la organización de las sociedades, que para establecerse necesitaban de la real licencia; es cierto, sin embargo, que desde entonces empezaron á establecerse algunas, aunque pocas, Sociedades de Medicina; ya bajo el nombre de Academias—nombre muy antiguo que se cuenta que deriva de *Academos*, porque en un jardín de la casa de éste fué donde estableció Platon la primera—; ya bajo el nombre de Liceos—nombre que se dice se debe á Aristóteles—, ya bajo el de Sociedades, todas con el fin de procurar el cultivo de la ciencia y los progresos de la patria.

Hé aquí las que conocemos del siglo XVIII.

En el año de 1735 se fundaba en la capital de la Nueva España una *Academia de Medicina*, quizá una de las primeras que hubo en estas vastas regiones. Como para toda fundación, siendo necesaria para todo en aquellos felices tiempos la real licencia, se comisionó al Dr. Don José Mercado para que fuera á Madrid á solicitar la aprobación de la Academia que se proyectaba establecer, aprobación que se dignó conceder S. M., por real cédula de 6 de Agosto del mismo año.

Fué á esta memorable Academia á la que se debieron la primera iniciativa y los grandes esfuerzos para abrir un Colegio de Medicina en México. En efecto, comisionó para ese objeto al mismo Dr. Mercado, para que á nombre de ella y de los médicos de Nueva España solitara del Rey el permiso para fundar una Escuela de Medicina, obligándose á buscar y á arreglar á sus expensas un local á propósito. El Rey, antes de resolver á tal solicitud, consultó á la Universidad de México lo que fuera conveniente; ésta, como para toda nueva fundación destinada á propagar la enseñanza fuera de su recinto, se opuso, procurando conservar el monopolio, y la Academia vió con dolor desvanecerse su deseo, aunque cabiéndole la satisfacción de haber sido la primera que lanzó al campo tan fecunda semilla.

Allá por el año de 1775 existía en el Hospital de Jesús una Academia de práctica médica, llamada *Academia Proregia Mariana de Jesús Nazareno*, fundada especialmente para los practicantes de Medicina.

Para ingresar á su seno tenían que defender los estudiantes algunas "conclusiones" de Medicina; se les exigía su permanencia en ella dos años; se les daban dos academias prácticas por semana; en sus últimos tiempos llegó á ser un requisito casi esencial pertenecer á ella para poder recibirse, pues que necesitaban acompañar los aspirantes á su solicitud de exámen, el certificado de haber pertenecido á ella, y al concluir su tiempo se les sujetaba, para extenderles el certificado de que acabamos de hablar, á un exámen teórico-práctico que se hacía en dos tardes consecutivas.

Esta Academia existía todavía por el año de 1817, y era entonces dirigida por un Rector y unos Vocales llamados Conciliarios. Era entonces su Rector el Bachiller Don Isidoro Olvera, personaje á quien veremos figurar en el período positivo, y se contaban entre sus Conciliarios los Bres. Manuel López y López y Victorio Gracida.

En 1789 se fundaba también, en Puebla, una *Academia Médica*, promovida por el Doctor Don José Palafox y Soria.

Por fin, á fines de ese siglo fundaba en esta capital y en su casa, el Dr. decano de Medicina, Don José Peon del Valle, una *Academia Médica-Físico-Botánica-Farmacéutica*, la que tenía sus sesiones dos veces al mes.

Llegó el siglo XIX y con él el período de 1810 á 1821 de la gloriosa guerra de independencia. Fué especialmente entonces cuando, suspendida la enseñanza universitaria por el acuartelamiento de las tropas de patriotas en el edificio, se fundó mayor número de academias particulares, en las que se estuvo cultivando por aquellos días la medicina.

Una de las sociedades médicas mejor organizadas del primer tercio del presente siglo y que existía en México allá por el año de 1824, lo fué la *Academia de Medicina práctica de México*, cuyo principal objeto, según el art. 2º de su Reglamento, era promover en la naciente República los progresos de la Medicina, especialmente de las Patologías, Clínicas y Anatomía patológica.

Estaba formada de médicos y cirujanos que se llamaban "Académicos de número," y de alumnos de cualquiera de las dos Facultades, que debían ser de los más aprovechados y de los más próximos á recibirse, que se denominaban "Académicos de Escuela;" tenía sus sesiones dos veces por semana, todos los lunes y viernes del año, y en ellas versaban sus lecturas, en los primeros cuatro meses del año, sobre patología quirúrgica y operaciones, y en los ocho restantes sobre patología médica; los "Académicos de número" estaban encargados de hacer por turno, sobre cadáveres, las principales operaciones que con anticipación, desde el principio de cada mes, eran anunciadas, mientras que dos disectores, nombrados también mensualmente de entre sus socios, hacían demostraciones anatómicas y disecciones sobre cadáveres cuya historia clínica se había recogido y el diagnóstico de cuya enfermedad se trataba de confirmar por la autopsia, y, por fin, para estimular y buscar la aplicación de sus "Académicos de Escuela," tenía establecidos premios, consistentes en obras de Medicina y Cirugía, y costeaba de sus fondos el examen de recepción (que entonces se pagaba) de los socios que se habían distinguido en ella.

Esta Academia existía todavía en el año de 1827.

Contó en su seno figuras de primer orden que veremos descollar en el período positivo: al eminente cirujano Don Pedro Escobedo, al sabio clínico Don Francisco Rodríguez Puebla, al firme sostenedor de nuestra actual Escuela Don Casimiro Licéaga, y algunos otros. Entre sus socios corresponsales extranjeros tuvo á Codorniu, ilustre autor de una "Historia de la Medicina."

Los primeros promovedores que en el año de 1825 iniciaron la fundación de una Escuela de Medicina en nuestra patria, no habiendo logrado alcanzar el arreglo de los estudios médicos entre nosotros, á pesar de la buena disposición con que les ayudó el presidente del entonces existente Protomedicato, formaron, ese mismo año, cansados de sus estériles labores, una *Academia de Medicina*, cuya historia y duración nos es desconocida.

En el año de 1827 había en Puebla una *Academia de Medicina* y en el de 1832 una *Academia Médico-Quirúrgica*.

En 1830 se fundaba en la capital, en la Universidad, una sociedad médica bajo el nombre de *Academia de Medicina*, la que tenía sus sesiones, al principio, en el mismo Establecimiento, y ya abierta nuestra Escuela de Medicina, en el local ocupado por ésta, en el antiguo Convento y Hospital de Betlemitas.

En 1833 existía una *Sociedad Médica del Distrito*.

Por último, un distinguido filántropo, Rector del hoy extinguido Colegio de San Juan de Letran, el Sr. Archederreta, estimuló la formación de academias médicas de jóvenes estudiantes de medicina, reuniendo en sociedad á los colegiales de la Universidad y de la Escuela de Cirugía, á los que asistía graciosamente en su Colegio para facilitarles el estudio, presididos por el médico del Colegio, al que asignó una dotación exclusivamente con este objeto.

Hubo quizá algunas otras sociedades médicas en las demás Provincias del virreinato, pero las historias no hacen mención de ellas.

Tales fueron algunas de las sociedades médicas que existieron en el transcurso de este período. Su historia era necesario registrarla en esta obra, siquiera fuera brevemente, porque fué en ellas en donde primero se empezó á perfeccionar el arte en nuestra patria; en su seno germinaron y nacieron las primeras simientes de la creación del Establecimiento de Ciencias Médicas; en sus círculos se empezaron á propagar las ideas liberales y avanzadas que influyeron no poco en la futura enseñanza y ejercicio de la medicina; fué en el curso de sus francas discusiones que se empezaron á romper las fuertes ligas del *Magister dixit* de los pasados siglos, y entre sus entusiastas miembros fué en donde empezaron á circular primero las doctrinas progresistas de eminencias de allende el Océano, cuyas obras escritas en idiomas extranjeros, entonces desconocidos para los hijos de este país, despertaron en ellas también el gusto por el estudio de las lenguas vivas, estudios que tuvieron que hacer en el secreto, y en el silencio y en la soledad algunos de sus miembros, algunos de nuestros sabios. De entonces, y á iniciativa de aquellas academias, data la propagación entre nuestros facultativos del cultivo del francés, del inglés, del italiano, del alemán, etc., conocimientos en que sus miembros sobresalieron aún del nivel de los

mismos Doctores de la Universidad, que sólo se complacian en cultivar los idiomas muertos de la Grecia y del Lacio, y el romance.

\* \* \*

Réstanos, para terminar con todo lo relativo al ejercicio de la Medicina en este período, consignar aquí, consagrándoles un justo homenaje de respeto, los nombres de algunos de los médicos de aquellos tiempos que, ora en la práctica civil, ora en la de los hospitales, ora en la militar, ora en las sociedades, se distinguieron como aventajados campeones de las ciencias médicas de Nueva España y como benefactores de la humanidad.

En el siglo de la conquista, entre los médicos de más renombre en la vida pública, debe consignar la Historia el nombre del Doctor Gregorio López, llamado también el "Siervo de Dios." Este virtuoso varón, nacido en Madrid, habiendo venido de España á Veracruz á la edad de veinte años, dió de limosna todo lo que traía; anduvo despues en varias peregrinaciones piadosas, y el primero despues de la conquista, se encargó de dirigir la asistencia médica del primer hospital español que hubo en Nueva España, del de Huaxtepec, que despues pasó á cargo de los Hermanos de San Hipólito. En este silencioso retiro fué donde escribió una obra de medicina que adelante mencionaremos. Fué hombre, dicen los cronistas de aquellos tiempos, de agudeza de ingenio, de elevado espíritu, de grandes virtudes, de vasta erudicion; gozó de gran reputacion como médico, y fué tan general su instruccion y tan exaltada su piedad, que hasta llegó á creérsele en su época dotado de ciencia natural é infusa. Tuvo en toda la Nueva España reputacion de santo.

Merecen un lugar muy prominente también, entre los médicos de esa época, los tres Doctores del mismo nombre, Pedro López, descendientes de una misma familia, que tanto figuraron y brillaron en aquellos atrasados tiempos. Uno de ellos, el más antiguo, fué uno de los primeros médicos que hubo en el país; fué el que acompañó á Cortés en el año de 1524 en sus expediciones, y fué el que asistió á Luis Ponce, el conquistador, en su última enfermedad. Fué el primer Protomédico en el año de 1527. Don Pedro López, el 2º, era Licenciado, y se graduaba de Doctor en Medicina, segun las costumbres de entónces, allá por el año de 1553, aún ántes de que se establecieran en la Uni-

versidad ningunas cátedras. Murió en el año de 1554. Finalmente, el último Doctor Don Pedro López, fué hijo del anterior, fué también Protomédico en el año de 1556, y fué un hombre de altas virtudes, muy benéfico y tan docto como dado á la caridad. De él llegó á decir Don Juan de Arce, Arzobispo de Santo Domingo, que fué "... conocido por su sabiduría y larga experiencia, y mucho más por la caridad con que fundó hospitales y mereció ser llamado Padre de los Pobres, que de tal manera los amaba, que, muchas veces quedándose desnudo, los abrigó con su vestido y su capa, ..." y que siendo fautor y protector de Bernardino Alvarez, y negociando con los vireyes y con los prelados "en fundar hospitales y amplificarlos, tuvieron el favor de Dios, patente al Nuevo Mundo, los dos Prójimos Evangélicos y Padres de Pobres, el Doctor Pedro López y Bernardino Alvarez." De él dijo otro Arzobispo de la misma Diócesis, Fr. Agustín Dávila Padilla, que lo conoció y trató muy íntimamente: "Hoy vive (decia este prelado en 1592), y no tengo de alabar á vivos: pero bien es desear que Dios le pague el cuidado *que ha tenido más ha de cuarenta años* en curar en el convento de México sin más interes que el que espera del cielo. . . . Todo México sabe que el Doctor Pedro López le ha enriquecido con dos hospitales, uno de *San Lázaro* y otro de *Desamparados*, que él fundó, y lo sustenta de limosnas, que ayudan á las que él ha hecho y hace de su casa. Mucho le debe nuestra Provincia. . . ."<sup>1</sup> En efecto, este Doctor Pedro López fundó en el año de 1572 el Hospital de San Lázaro, y diez años despues, en el año de 1582, el de la Epifanía. Este Doctor fué uno de los encargados de formar las Constituciones del Colegio de San Pedro y San Pablo, y despues de haber hecho muchos bienes á su patria y á la humanidad doliente, se retiró á acabar sus dias en su Hospital de San Lázaro, á cuya fundacion parece que sobrevivió todavía más de veinte años.

Deben consignarse también de este siglo los nombres del Dr. Don Pedro Farfan, el primer graduado de Doctor en Medicina en la Universidad de México, quien lo fué el 20 de Julio de 1567—segun consta en el libro de grados de Medicina de aquel plantel, que corrió de los años de 1567 á 1647—hombre de grandes luces y experiencia y á quien aquella debió sus primeros Estatutos; de un Dr. Cárdenas,

<sup>1</sup> Juan de Dios Peza. Op. cit.

que allá en el año de 1577 se distinguía como sifilógrafo en el Hospital del Amor de Dios, y, por último, en ese mismo siglo, visitó nuestra patria y permaneció en ella el celeberrimo médico naturalista Dr. Don Francisco Hernández, quien desempeñaba la comision de su monarca de estudiar la historia natural del país conquistado, escribia la notabilísima obra que mencionaremos en el siguiente capítulo y ejercia con general aplauso en nuestra sociedad.

Del siglo XVII, entre los muchos que pudiéramos consignar, sus obras nos hacen conocer, á un Dr. Cisneros, que allá por el año de 1618 escribia una sobre el sitio natural y propio de México, la que mencionaremos en la seccion de Bibliografía. Llegó á ser incorporado á la Universidad.

Del siglo XVIII eran en 1737 médicos afamados del Colegio de San Pedro y San Pablo, los Dres. Don Miguel Quijano, Don Cayetano Armendáriz, Don Juan Manuel de Baeza y Don Andrés Luzena; en 1740 llegaba á México un médico extranjero, el Dr. Don José Dumont, considerado hombre de grandes luces, quien escribió una obra sobre la Hidrología de México, y quien en 1753 se distinguió iniciando en el anfiteatro del Hospital Real de Indias los primeros estudios de diseccion, que fueron el preludio de grandes reformas en los estudios de las ciencias médicas en Nueva España y el principio de la creacion de la Escuela de Cirugía; en 1770 fundaban esta Real Escuela, Montaner y Moreno, distinguidos cirujanos, á quienes sucedieron Gutiérrez, Serrano y algunos otros; era notable entonces el célebre botánico Don Vicente Cervantes, el primer catedrático que en 1782 hubo en Botánica en toda la Nueva España; en 1790 llamaron la atencion como médicos literatos los Dres. Don Juan José Bermúdez y Don Mariano Ortiz, los que, con motivo de una convocatoria expedida por la Universidad para hacer el panegírico del Rey Carlos IV ascendido al trono de España, sobresalieron en tan extraña lid para su sacerdocio; y, por último, hubo algunos que, autores como el Dr. Don Nicolás José de Torres y otros, enriquecieron la bibliografía médica de esa época, como lo veremos en el siguiente capítulo.

Tocaba este siglo á su penumbra, y ya se veian dibujar en el horizonte de los tiempos los albores del XIX, cuando figuraron dos notabilísimos médicos que por sus ideas, y sus enseñanzas, y su práctica, imprimieron una nueva evolucion y una forma nueva á la medicina pá-

tria. Nuestra historia médica debe registrar sus nombres y guardar de ellos memoria imperecedera. Estos fueron el ilustre Dr. Don Mariano Mociño, miembro de una Expedicion botánica que entonces existia, al que en el año de 1793 comisionó el Virey Revillagigedo para que fuera á reconocer el volcan de Tuxtla, que entonces hacia erupcion, y autor más tarde de una obra, "*Flora Mexicana*," y el sapientísimo, ya de nuestros lectores muy conocido, Dr. Don Luis José Montaña, profesor de la Universidad y fundador de las clínicas en México. A los esfuerzos de ambos campeones, aunque sufriendo miles de contrariedades por el aislamiento colonial, se debió por aquel entonces el adelanto de la Medicina en México; á su iniciativa, especialmente del último, se debió la fundacion de una academia privada de medicina en donde los jóvenes que querian seguir la profesion se entregaban á los estudios teóricos que iban á perfeccionar en los hospitales, y fué á su ejemplo que, prohibido como estaba por la Universidad, que se enseñara cualquier ramo fuera de ella, se empezaron á formar Academias de Medicina y Cirugía enteramente secretas, para no ser conminados los que las habian fundado con las penas que las Constituciones de la misma Universidad establecian. El sabio Montaña, que así sondeaba las abstracciones de la ciencia como los casos concretos de la práctica, se entregaba al ejercicio de su sacerdocio con fe y abnegacion sublime, como lo demostró en el año de 1813 cuando, designado por el Ayuntamiento para proveer á las necesidades de la ciudad epidemiada, entonces víctima del tifo, apenas se le veia aquí, ya se le encontraba allá, ya andaba por acullá, multiplicándose por todas partes y sin temor á la terrible epidemia, llevando la salud á muchos, y teniendo para todos palabras de consuelo.

En el primer tercio del presente siglo muchos nombres de médicos que se distinguieron en su vida pública, merecen consignarse en la Historia. En él figuraba el aprovechado cirujano romancista Don Miguel Muñoz, quien en 1804 alcanzaba el honor de ser encargado, por el Rey de España, de la conservacion y propagacion de la vacuna, que ese año habia sido traída á México; durante él ejercieron los Dres. Don Ignacio González, Don José Joaquin Piña, Don Manuel Vasconcelos, Don Mariano Cardoso, Don Vicente Ferrer, y otros que se veian figurar en la práctica médica del año de 1814; en él Don Francisco Rodríguez Puebla y Don Francisco Alvarado eran comisionados en 1825 para cui-

dar de una epidemia de sarampion, sobre la que escribieron algo; en él el filántropo cirujano romancista Don José Ruiz, Director del Cuerpo de Sanidad Militar, fundaba allá en el año de 1826, y expensaba de su bolsillo particular, dotándola con seiscientos pesos anuales, sólo por amor á la ciencia y á la humanidad, la primera cátedra formal de operaciones que se vió en nuestra patria, y en él otro cirujano, Don Pedro Escobedo, á quien aquel encargó de la cátedra, el primero en el país, empezó á practicar grandes operaciones hasta entónces sólo conocidas por los libros.

Entre los facultativos notables que ejercian en el año de 1833, al cerrarse este período, debemos dar á conocer á nuestros lectores algunos. Entre los profesores en las dos Facultades, entónces separadas, de Medicina y Cirugía, ahí están, el Doctor y Maestro, ya nuestro conocido, Don Manuel de Jesus Febles, el Doctor y Licenciado Don José María Benítez, nuestro conocido tambien, y los Bachilleres Don José Ferrer Espejo, Don Ignacio Durán, Don Ignacio Erazo, Don Pedro Montes de Oca, Don Manuel Robredo, Don José María Terán y Don Ignacio Torres, algunos de ellos fundadores ó catedráticos de nuestra actual Escuela. Entre los profesores de Medicina solamente, ahí están, el inolvidable Dr. Don Valentin Gómez Farías, el reformador de la enseñanza y el campeón más avanzado del progreso; el Dr. Don Anastasio Bustamante, elevado personaje que despues fué Presidente de la República y que protegió mucho á nuestra Escuela de Medicina, como lo veremos en otro lugar; el Doctor Don Casimiro Licéaga, sabio facultativo á quien admirarémos más tarde como el principal sostenedor del Establecimiento de Ciencias Médicas; el Doctor y Maestro Don Joaquin Guerra, los Doctores Don José María de la Vara y Don Joaquin Altamirano, y los Bachilleres Don Manuel Altamirano, Don Isidoro Olvera, Don Joaquin Villa y Don Francisco Rodríguez Puebla, algunos de ellos fundadores tambien y profesores de la Escuela de Medicina. Entre los cirujanos latinos estaban los Doctores españoles Don Ignacio Flores y Don Antonio Serrano y Rubio, Director que fué de la Escuela de Cirugía; el Licenciado Don Antonino Gutiérrez, profesor de la misma Escuela, y los Bachilleres Don Miguel García, Director y profesor que tambien fué de ella; Don Pedro Escobedo, Don Manuel Carpio, Don Agustin Arellano, Don Manuel Andrade, Don Joaquin Villar, Don Wenceslao Reyes, Don Luis Penichet y Don Isidoro Olve-

ra, algunos de ellos tambien fundadores ó profesores de nuestra Escuela. Entre los cirujanos romancistas se distinguian los Doctores extranjeros Don Luis Jecker y Don Gabriel Villette, y Don Francisco Montes de Oca, Don José Ruiz, Don José Subeldía, Cirujano Mayor del Hospital de Jesus; Don Miguel Muñoz, el encargado de la Vacuna; Don José Becerril, Don Pedro Villar y Don José Juan Ceballos. Por último, de entre los farmacéuticos de esos dias debemos consignar los nombres de Don José María Vargas, de Don José Arámburu, de Don José María Bustillos, de Don Leopoldo Rio Loza, de Don Victoriano Montes de Oca, de Don Francisco González Moro y de Don Vicente Vilchis.

Interminable hubiera sido esta lista si hubiéramos querido mencionar en ella á todos los grandes prácticos de este período, muchos de los cuales, por otra parte, ya hemos dado á conocer á nuestros lectores. Desde los que se sentaron en los escaños del Supremo Tribunal del Protomedicato y despues en los de la Facultad Médica, todos ellos gloria de nuestra patria; desde los borlados Doctores de Medicina, catedráticos de la Universidad y honra de su plantel; desde los malqueridos profesores de la no ménos malquerida Escuela, pero que fueron los campeones y los reformadores de la cirugía nacional; hasta los atrevidos facultativos de aquellos atrasados tiempos, que tuvieron el nunca bien ponderado valor de manejar la pluma y escribir obras, entónces que nadie escribia, obras cuya crítica harémos en el siguiente Capítulo, loor de las letras médicas de este período, y hasta los numerosos grupos de prácticos distinguidos que ora en lo civil, ora en los hospitales, ora en el ejército, estuvieron llenos de esa moral médica que era entónces virtud dominante, como eran dominantes las creencias ortodoxas que formaran la apología del ejercicio: todos dieron honra y lustre á la entónces tan abatida profesion; muchos, fueron la gloria del decadente período metafísico, especialmente cuando éste ya tocaba á su ocaso; no pocos, fueron astros de primera magnitud que llegaron á alcanzar su zenit, y algunos, de los de sus últimos dias, vinieron á formar la constelacion que iluminó durante los primeros lustros el cielo tachonado de astros de la medicina positiva.